

LA IGLESIA DE CARACAS ANTE LA INSEGURIDAD

Declaración del Cardenal José Alí Lebrún

Durante las últimas semanas, la situación social de nuestra ciudad capital, así como del resto del país, se ha venido agravando más y más. A los ya conocidos problemas de pobreza crítica, desempleo y alto costo de la vida, se añade el incremento de hechos de violencia que agudizan el estado de inseguridad en el que se ven sumergidos todos los ciudadanos. Cada día la prensa registra un número considerable de muertes causadas por hechos irracionales, en los que están involucrados menores de edad; se asesina por un par de zapatos o por una sinrazón. Muchos son los hogares que sufren el dolor de la desaparición de seres queridos o que tienen que acompañar a miembros de sus familias que han sido heridos en asaltos realizados en todo momento y en cualquier sitio de la ciudad. Los robos, los asesinatos y otros atentados contra la seguridad pública van en aumento sin que pareciera que puedan ser frenados. Compartimos igualmente el dolor de familias y compañeros de miembros de la policía que en el cumplimiento de su deber han perecido por acciones violentas.

Este clima de inseguridad se agrava por las dificultades que tienen los ciudadanos de ser protegidos por las fuerzas del orden público. Vemos cómo han ido creciendo las alcahalas en urbanizaciones y cómo se han levantado los muros en búsqueda de protección: esto comienza a reforzar la idea de que cada uno tiene que procurarse su propia seguridad ya que quienes la deberían brindar no lo hacen adecuadamente, aún cuando esto sea un derecho del ciudadano.

Este clima de inseguridad no es producto sólo de causales socioeconómicas: la pérdida del sentido de la vida, el vacío de principios sólidos, el desprecio de la dignidad humana ha llevado a algunos jóvenes, adultos y, lamentablemente, menores de edad, a ser insensibles y a considerar que la violencia es camino para conseguir lucro y poder. Contribuye a agudizar esta situación la no formación en el campo moral y cívico de grandes sectores de la población, el narcotráfico y consumo de drogas y la impunidad de los delitos. A su vez, los Medios de Comunicación Social con una programación con fuertes cargas de violencia y deshumanización ayudan a crear una mentalidad negativa.

Como pastores de esta grey caraqueña queremos elevar nuestra voz de solidaridad para con nuestros hermanos en esta hora dura y difícil que vivimos. Tampoco nosotros hemos escapado a la violencia y a las consecuencias de la inseguridad. Llamamos a hacer un acto de fe en el Dios de la vida: A El que nos dio ese regalo que debemos hacer crecer y respetar. Pedimos a las autoridades competentes que dediquen mayores esfuerzos a solucionar los problemas sociales de nuestra gente y, particularmente, el de la inseguridad. Les queremos hacer llegar las voces ahogadas por la desesperanza y la frustración de tantos hermanos que a lo largo y ancho de nuestra Arquidiócesis claman por la justicia, la paz y el respeto. Es necesario acrecentar las medidas preventivas: es urgente dar respuestas a la situación de violencia e inseguridad que está haciendo que nuestra ciudad viva en estado de emergencia; es imperante el que las autoridades sintonicen con las angustias y las esperanzas de quienes viven y trabajan en esa hermosa ciudad. No se puede esperar para más tarde: el momento exige decisión y compromiso; no hemos de olvidar que quienes han sido puestos en cargos de autoridad no deben ser servidos sino servir a los demás, como nos lo enseña el evangelio.

Queremos también hacer un llamado a los órganos de seguridad del Estado, específicamente a los Directores de los mismos, para que no se implementen medidas represivas y violentas que atentan contra los derechos de muchos ciudadanos inocentes, expuestos a perder su vida, a ser detenidos sin causa justa, producto de la desmedida acción policial como respuesta a la desatada violencia que impera hoy en nuestro país. Nunca es lícito hacer el mal para obtener el bien.

También es necesario destacar lo peligroso que resultaría para nuestro país el que la edad para que un ciudadano sea responsable

jurídicamente, en especial el menor, sea rebajada a una edad inferior a la actual. No se trata de la edad como medida para la imputabilidad de los delitos: esa no será la solución; es necesario enfocar el problema desde el punto de vista social. Habría que preguntarse entonces por qué hay tantos menores que llegan a esos hechos de violencia que estamos viendo diariamente. Así que a los congresantes que tienen en sus manos la función específica de legislar, les recordamos que ese tema del menor responsable penalmente es un punto coyuntural para el país; no podemos tratar de solucionar la ola de violencia, robos, muertes con una respuesta que atente contra nuestros menores, sino buscar una solución más humana y menos represiva.

Hacemos un llamado a quienes se han venido dedicando a la violencia, atracos, asesinatos, al tráfico de drogas... a que cambien de actitud. Todavía están a tiempo de hacerlo: es más dignificante el trabajar por la paz y el conseguir honradamente el sustento. El mandamiento supremo del amor implica el respeto a la vida y a la dignidad de los hermanos y conlleva el que no sigamos los caminos de la maldad y de la depravación moral. El Señor les invita a la conversión; es decir, al cambio de vida; y esto les pedimos en nombre de tantos hermanos que sufren los embates de la irracionalidad de su actos. Oigan el clamor y el llanto de tantos ciudadanos que sufren la muerte o las heridas de sus seres queridos causados por ustedes. No olviden que el quinto mandamiento NO MATAR, obliga a todos; y que es un crimen abominable a los ojos de Dios quitar la vida a un inocente.

A todos los católicos y hombres de buena voluntad, convocamos para unir esfuerzos y colaborar decididamente a cambiar esta situación conflictiva que vivimos. Urge que acrecentemos y fortalezamos la formación moral de los ciudadanos, que es deber nuestro. No hay que olvidar tampoco que debemos vivir y dar testimonio continuo de la conversión a la que nos invita Dios, así como el proclamar la salvación que nos da Jesucristo el Señor: al hacerlo estaremos colaborando en la construcción del Reino de Dios que conlleva la paz, la justicia, la solidaridad y la fraternidad. Muchos católicos ocupan puestos dirigenciales: ellos están obligados en conciencia a trabajar con tesón por esta causa. A nuestras oraciones, cada día más importantes y urgentes, tenemos que unir la lucha por la justicia, según nos lo ha pedido el Papa Juan Pablo II recientemente. Y que la voz de todos vaya formando un auténtico coro de hermandad que haga sentir a los responsables lo imperativo de un cambio profundo en nuestra sociedad. Aun la esperanza no se ha acabado de perder: aún estamos a tiempo.

Expresamos nuestra sincera y pastoral solidaridad con nuestros hermanos. En diversas instancias hemos hecho saber nuestra preocupación que es la del pueblo; lo seguiremos haciendo desde nuestro diario convivir con nuestros hermanos en los barrios y comunidades y ante las autoridades competentes.

Imploramos la ayuda de nuestra Señora de la Soledad, que supo en su corazón lo que es el dolor de una madre que ve morir a su Hijo, y pedimos luz del Altísimo: que la fuerza de Dios nos acompañe en esta hora dura, a fin de ser constructores de la verdad en el amor y para ser promotores de la auténtica justicia. No olvidemos que el valor de los pobres es la confianza en Dios.

BASTA YA DE VIOLENCIA: ES LA HORA DE CAMBIAR Y CONSTRUIR LA NUEVA SOCIEDAD DE PAZ, JUSTICIA Y AMOR QUE TODOS QUEREMOS

José Alí Lebrún, Cardenal Arzobispo de Caracas